

De una ética pequeñísima: sobre algunos giros en relación al acontecimiento

Percovich, Gonzalo

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Percovich, G. (2010). De una ética pequeñísima: sobre algunos giros en relación al acontecimiento. *ETD - Educação Temática Digital*, 11(esp.), 232-244. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-106594>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer Free Digital Peer Publishing Licence zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den DiPP-Lizenzen finden Sie hier:
<http://www.dipp.nrw.de/lizenzen/dppl/service/dppl/>

Terms of use:

This document is made available under a Free Digital Peer Publishing Licence. For more information see:
<http://www.dipp.nrw.de/lizenzen/dppl/service/dppl/>

De una ética pequeñísima: sobre algunos
giros en relación al acontecimiento

Gonzalo Percovich

RESUMEN

El artículo se propone transitar por algunos rasgos del concepto de *acontecimiento*, concepto central de la teoría estoica. Noción que se desprende del desarrollo lógico que el mismo despliega y que tiene consecuencias esenciales en su modo de abordar la ética. Esta particularidad es señalada, en distintos sesgos, tanto por Gilles Deleuze como por Michel Foucault. Gilles Deleuze destacará la vertiente dialéctica del mismo, adscribiéndolo a la práctica adivinatoria; así Michel Foucault se detendrá en incluir el concepto en el marco de la práctica de los ejercicios espirituales estoicos. Aun así, serán los dos autores citados los que apelarán a proponer un nuevo tipo de ética que denominarán con una ética inmanente.

PALABRAS CLAVES

Acontecimiento; Vida; Adivinación; Ejercicio espiritual; Ética inmanente

A tiny ethic on some turns related to event

ABSTRACT

The paper aims to pass through some features of the concept of event, the central concept of the Stoic theory. Notion that loosens from the logic development itself and that unfolds and has essential consequences in their approach to ethics. This peculiarity is pointed at different biases, both by Gilles Deleuze and Michel Foucault. Gilles Deleuze will highlight the dialectical aspect of it, ascribing it to divination practice, and Michel Foucault will stop to include the concept in the framework of a practice of Stoics spiritual exercises. Still, will be the two authors cited who will appeal to propose a new type of ethics referred to as an immanent ethics.

KEYWORDS

Event; Life; Divination; Spiritual exercise; Immanent ethics



“Superficie plana es el carácter de un discurso.”
(LEWIS CARROLL)

Dudamos a veces en llamar estoica a una manera **concreta** o **poética** de vivir, como si el nombre de una doctrina fuera demasiado libresco, demasiado abstracto para designar la relación más personal con una herida. (DELEUZE, 2005, p.182).

Bellísimo párrafo con el cual Gilles Deleuze inicia la serie vigésimo primera, llamada *Del Acontecimiento*, en su libro *Lógica del sentido*. Este párrafo parece condensar en pocas palabras, de un modo conciso y literario su modo de entender el sentido como acontecimiento. La fuerza expresiva de esa escritura nos introduce en la cuestión de los modos de vida, las maneras – dice- concreta o poética de vivir. En un solo movimiento entonces agrupa doctrina estoica con modos de vida. Su afirmación reúne toda la nutrida y sistemática teoría estoica que se extiende a lo largo de siglos. Es una herida, una herida que nos concierne en lo más subjetivo, que permite esta operación. Así, es por una singular abertura en un cuerpo que los avatares existenciales de alguien podrán advenir poesía pura o un eventual lamento sin consuelo.

Nombrar esta dupla -doctrina y modos de vida- nos indica que la doctrina estoica está radicalmente unida a un *ethos*. No es posible hablar de estoicismo sin pensar necesariamente en un modo de vida, o aún más, una doctrina que no apuntaría tanto a un conocimiento del mundo, a una pretensión de verdad *epistémica* sino más bien, que apuntaría a provocar efectos de enseñanza que inauguren al discípulo en una cierta transformación de su estilo de vida.

Deleuze escribe: “*manera concreta o poética*”. Me pregunto cómo debemos leer esta aparente disyunción marcada por la letra “o”. Si fuera una disyunción tendríamos que entender que habría pues un modo o concreto o poético de vivir. Pero dando otro giro podemos interrogarnos si efectivamente es una disyunción o una simple manera de adjetivar casi analógicamente lo mismo; en este caso: la vida, vida siempre herida.



Podemos simplemente decir que el “concreta”, se refiere a un tipo de vida, una entre muchas, y efectivamente puede ser leído así. El tipo concreto de vida estoica. Pero aún siendo el caso, no dejo de leer un desliz en esa singular expresión deleuziana, un desliz que pasaría entonces por definir implícitamente de lo que estaría en juego en la definición misma. La vida pues, la vida concreta, la de los pequeños hechos que nos constituyen y nos transportan en nuestro devenir más elemental, esa vida concreta en la que estamos necesariamente metidos, o arrojados, para decirlo a la manera de Heidegger, es poesía pura, si es que sabemos apreciarla. Podríamos decir poesía pura, si y solo si, hay un punto de mira que pueda apreciar esa dimensión subrepticia que contienen mudamente los múltiples avatares de nuestra existencia. ¿O es que acaso alguna vez no soñamos con tener otra vida? Una vida... otra. Una vida que pasaría por realizar aquello imaginado, aquello no dicho pero anhelado, que nos ubicaría en una realidad precisamente “incorporal”. Una vida que supusiera un despojo de los sellos personales que parecen darnos una ubicación precisa en el vivir cotidiano.

El enunciado de Deleuze, a mi entender incluye en su fuerza expresiva una llave original a este asunto: esa “otra vida” no estaría allá sino acá. No estaría pues en un más allá puro, ideal inaprensible, tierra de las reminiscencias platónicas. Estaría acá, en la aprehensión esplendorosa de los más pequeños acontecimientos que nos determinan en nuestra ínfima, breve existencia. La poesía es producto pues de la apuesta ética. Siguiendo esta vía, Deleuze en la serie vigésima, llamada *Sobre el problema moral en los estoicos* (Ibid., p.176) toma la afirmación de Diógenes Laercio el cual decía que para los estoicos la filosofía era comparable a un huevo, donde la cáscara era la lógica, la clara la ética y la yema era la física. Entiendo que es imprescindible partir de delimitar claramente qué lugar ocupa la ética en la filosofía estoica, ya que allí estará la clave de la manera de reflexión estoica.



En la metáfora del huevo, imagen que de algún modo remite a entender su propia filosofía como un germen frágil, un germen susceptible de ser quebrado y destruido en un instante; este huevo ubicaría a la ética entre una lógica de superficie y una física núcleo. Una lógica de los particulares, más que de los universales, para decirlo en términos aristotélicos. Una lógica que se inclina a analizar el valor de las palabras y el estatuto que ellas toman en las conexiones proposicionales. Una lógica que se detendrá particularmente a darle primacía a la declinación de los verbos, verbos que los hará jugar en su dimensión de infinitivo, y en las distintas declinaciones marcadas por los tiempos verbales: pasado, presente y futuro; lógica que se detendrá a estudiar la forma condicional donde ubicarán el valor del signo. Si estos giros son importantes, entiendo que es en primer lugar porque no hay ninguna pretensión de universalización, como sí lo hay en la lógica aristotélica, que produce la forma silogística. En la lógica estoica, estas palabras, cobrarán su fuerza más por sus propiedades de movimiento que por su condición de atribución. Un giro singular que se separa de la lógica predicativa aristotélica. En ésta las cosas son; en la estoica, las cosas expresan su movimiento, las cosas advienen. Diferencia radical. Una lógica entonces que estará muy pegada a las expresiones mínimas, a tomarlas trozo a trozo, y que se aventurará a tratar de discernir las conexiones lógicas de las expresiones mínimas.

Si lo destaco, es porque efectivamente esto tiene mucho que ver finalmente con una actitud ética: tomar las proposiciones como trozos minimales, sin pretensión de definiciones conceptuales que apunten a una sustancialización del estado de las cosas. Inferir las consecuencias de un tipo de discurso por sus lazos conectivos, que no hacen cuerpo a un todo unificado.

A su vez, tomar a la Física en el centro del asunto, también tiene consecuencias en un tipo de ética. *La Physis*, los cuerpos, para decirlo en términos deleuzianos, los cuerpos con sus causas, son motores de los avatares del Cosmos, y también lo son de las producciones incorpóreas. Una particular obediencia a esa *Physis*, a ese Cosmos ordenado por fuerzas ocultas. En esta concepción, entra y se inaugura la noción de *acontecimiento*.



Como si nuestras vidas estuvieran absolutamente sumergidas en un Cosmos que se mueve vertiginosamente donde estamos inmersos. Pero aún dimensionando esta noción tan totalizante que es concebir un Cosmos ordenado, los humanos tomamos apenas fragmentariamente, aprehendemos a ese Cosmos en pequeños trozos. Estos pedacitos, estos pequeños trozos, recortes minimales, serán producto de un trabajo de discernimiento donde el *Logos* hará lo suyo. Estos trocitos del Cosmos son los acontecimientos. Estos no son lo fáctico mismo, sino que serán producidos por un tipo de ejercicio espiritual que les dará estatuto de eventos incorporeales. Y he aquí una distinción esencial. Estos trocitos de ese Cosmos están mediados por un *Logos*. Es entonces de este modo que llegamos a la posición ética estoica.

DE UNA ÉTICA MÍNIMA

La Ética estoica es parte esencial de la enseñanza de los maestros, entendiendo a la misma como aquella parte de la filosofía que estudia el *ethos*, las costumbres, los hábitos del sujeto. Sabemos que la Ética en Aristóteles está signada por un cierto horizonte de expectativa de cumplimiento. El sujeto en su actuar, debe tender al Bien Supremo. Tema que ha desarrollado largamente Lacan en su seminario *La Ética del psicoanálisis* (LACAN, 1991), es decir que hay una expectativa del “buen comportamiento”.

Tema no menor y que en este sesgo, el estudio del *ethos* parece incluir, implícitamente un horizonte de cómo proceder en la vida, pudiendo transformarse entonces en un código de vida. Entiendo que la ética estoica en algún sentido, no escaparía a algo de esta dimensión y creo que es fundamental delimitar de que modo tomar el asunto ético, a la luz de lo que nos concierne en tanto psicoanalistas.



Es por eso que entiendo que el modo en cómo Michel Foucault aborda esta ética iría en la línea de poder problematizar la relación de un *logos* a un *ethos*, simplemente como una consecuencia, como un efecto que se desprendería de una relación lógica más que por una condición prescriptiva.

SOBRE LA ADIVINACIÓN

G. Deleuze describe de una manera tan bella como enigmática esa particular relación entre la Física y el modo de vivir. Tomando a Cicerón, escribe:

Es la **adivinación** lo que aquí funda la ética. En efecto, la interpretación adivinatoria consiste en la relación entre el acontecimiento puro (aún no efectuado) y la profundidad de los cuerpos, las acciones y pasiones corporales de las que resulta. Y es posible decir con precisión cómo procede esta interpretación: se trata de cortar en el espesor, podar superficies, orientarlas, acrecentarlas y multiplicarlas, para seguir el trazado de las líneas y de los cortes que se dibujan sobre ellas. (DELEUZE, 2005, p.177).

Esta afirmación deleuziana, entiendo, contiene una condición algo misteriosa, pero parece hacer su anclaje en la interpretación adivinatoria. Esta es un lazo entre un incorporal, en este caso un acontecimiento que advendrá, que se designa en la interpretación, que tiene una relación lógica con el hecho fáctico del que se desprende. La adivinación *entonces* conectará lógicamente un antecedente, en este caso un evento o asunto corporal del cual se tenga un cierto conocimiento, un acontecimiento de la Naturaleza, con un consecuente que es un incorporal desprendido de la labor adivinatoria. En este sentido, la adivinación recurrirá especialmente a la proposición hipotética. La adivinación no dejará de ser, finalmente, un asunto lógico, aún en su eventual raigambre natural. El texto al cual se refiere Deleuze, es de Cicerón y se llama *Perì mantikês*, que se tradujo como *Sobre la adivinación*. Un libro que produce fascinación que apunta a descifrar enigmas que parecieran estar escritos en una clave hermética. Algo cercano a leer los signos de la naturaleza, a descubrir las letras que marcaran eventualmente los rasgos de una naturaleza sabia; anticipar el futuro, predecir lo que advendrá, adivinar los acontecimientos venideros. Ésta apuesta implica pues un modo



particular de hacer jugar el tiempo. Hacer del futuro un presagio que ya está dicho en el mismísimo presente. Los griegos supieron deleitarnos con su literatura, donde la posición oracular era la columna vertebral del relato trágico. Creación de la noción de destino, que en sus distintas modalidades marcó a toda la cultura griega y latina.

Deleuze nos dice entonces que la adivinación funda a la ética estoica. Sorpresa del primer encuentro con esta afirmación tan categórica, tan lejana en principio de los postulados superficiales de una lógica del sentido contingente, vaporosa, evanescente.

Cicerón, filósofo latino, toma para sus reflexiones muchos de los postulados estoicos. Leer el Tratado *Sobre la adivinación* nos transporta a darle un valor capital a los sueños, sueños leídos a la antigua usanza. La vida onírica tiene carácter anticipatorio.

Perì mantikês, libro de una profundidad filosófica que paradójicamente se presta como texto de una liviandad absoluta gracias a la manera poética en que está escrito. Los textos de Cicerón son leídos como verdaderos relatos literarios, frases, aforismos, pequeñas anécdotas que ilustran magistralmente las ideas que quiere expresar. Estilo que es propio de la escritura estoica: pequeños relatos, observaciones sutiles que son apenas miradas recortadas de un suceso cotidiano, sugerencias que funcionan a la manera de máximas, o de epígrafes.

Cicerón delimita, paso a paso, su noción de adivinación. En un momento la define de este modo:

(...) Así es que sólo cuando el espíritu se encuentra apartado de la compañía y del contacto del cuerpo, a consecuencia del sueño, **recuerda lo pretérito, distingue el presente y prevé el futuro**, porque el cuerpo del que duerme yace como el del muerto, pero su espíritu tiene vigor y vida. Todavía tendrá más (vigor) tras la muerte, cuando se haya separado completamente del cuerpo, y, por eso, al aproximarse ésta (la muerte), resulta ser de carácter más profético. (CICERÓN, 1999, p. 99).

Hypnos y *Thánatos* son hermanos en el pensamiento griego. Cicerón observa que la anticipación, aún teniendo una íntima relación con la naturaleza de los cuerpos, aún así, será por la condición incorpóral, por ese pensamiento volátil, por el espíritu, que la misma cobrará veracidad.



Y más adelante comenta Cicerón: “Esto de que los espíritus auguren el futuro con mayor facilidad cuando la muerte se aproxima lo sabemos desde el Héctor homérico” (Ibid., p. 101) y cita *La Ilíada*: “mi espíritu se olía, al salir de casa, que yo vendría en vano...” (Ibid., p. 101). Y agrega seguidamente:

Porque tener olfato es percibir con agudeza. Por eso se dice que tienen olfato las ancianas, porque saben según ellas, muchas cosas, y por eso se dice que los perros tienen olfato. Por tanto se dice que presagia el que es capaz de oler una cosa antes de producirse, esto es, el que presiente el futuro. (Ibid., p. 101).

La adivinación jugará un rol significativo en la propuesta estoica en la medida que apela a reflexionar el particular lazo que une a los cuerpos (*physis*), con los enunciados que predicen y entonces predicen los hechos. Si este procedimiento es posible será en la medida que la Naturaleza está regida por un logos, *Logos divino*, que se prolonga en el tipo de razonamiento lógico que inaugura su lógica. Los acontecimientos estarán entonces concatenados de un modo necesario, y estos se reflejarán en una serie de proposiciones lógicas que le darán su sustento.

El sabio estoico se vale de un aparato lógico para conectarse con esa Naturaleza. Las proposiciones lógicas, tanto en sus modalidades verbales, como en su modo de relacionarse lógicamente hacen posible un cierto tipo de inferencia, un tipo de anticipación de los acontecimientos. La adivinación no deja de ser finalmente otro procedimiento regido por una lógica que despedaza ese Cosmos de un modo minimal.

Aún así, el sesgo señalado por Deleuze es de estirpe ético. La adivinación en su afán interpretativo apela a acoger los acontecimientos venideros, tal como ellos vienen. Una anticipación que jugará en el borde de introducir al sujeto, en este caso, tanto el sujeto que interpreta como el que anhela un saber sobre su futuro, a recibir los acontecimientos tal cual se presentan. En este sentido, esta adivinación estoica no deja de ser un modo de habitar el Cosmos. La modalidad ética no sería otra cosa que posicionarse frente a ese real, nunca asible. Un encuentro que marcaría el desencuentro. El sujeto se vería entonces expuesto a acoger la contingencia de eso que adviene allí, sin tener dominio sobre ello. La adivinación



parecería pretender, en su cometido, dominar lo que vendrá, pero en la apuesta estoica, la anticipación será un modo de estar de algún modo preparado a aquello por advenir. La preparación pasaría pues por reinventar su modo subjetivo de estar en el mundo. Es partiendo de lo dado, no de lo esperado que se hará posible un cierto tipo de ética inmanente.

¿UNA PURA CONTINGENCIA?

Cicerón murió asesinado en manos de su enemigo. Marco Antonio lo manda matar porque había escrito el texto *Las Filípicas*, donde lo cuestionaba enérgicamente. Como muerte ejemplarizante, Marco Antonio ordena que le corten primero las manos y luego la cabeza, y luego del acto, que colgaran sus manos alrededor del cuello del Cicerón. Manos y cabeza que produjeron textos removedores. Su espíritu renovador circuló por esos trozos corporales. No sabemos si Cicerón en este caso no pudo presagiar su propia muerte, si no tuvo el olfato suficiente como para exiliarse, o si simplemente, soportó estoicamente esa muerte como lo que necesariamente advendría. Si fuera éste último, el caso, podríamos tomarlo sin lugar a dudas como un gesto, el último gesto de su vida, que cumplió con el estilo de vida estoico: llevar hasta las últimas consecuencias un modo de vida.

Serán gestos como éste que cautivarán a Michel Foucault, y que lo harán escribir sobre la Ética de la Antigüedad griego-latina. Una ética que estaría en el centro de la problemática filosófica. Ofrecer una vida en función de un estilo, un estilo que hace de la vida, “una obra de arte”, una realización estética. Como si en ese concernimiento foucaultiano se operara un descentramiento de la preocupación por una aspiración de verdad pautada por una inquietud epistémica. De episteme a una cierta pasión estética. Acoger el *pathos* y hacerlo producir. Dejar atrás la prisa de una efectuación utilitaria, o de un supuesto éxito que apunte al logro acabado. Dejar atrás la pretensión de certeza moderna por un ejercicio de la cosa estética. Desprender de las reflexiones filosóficas la dimensión poética que dice de otro modo del Ser. Una filosofía que juegue con los artificios de la retórica; a dar valor a la envoltura estética que vehiculiza una idea, o aún más a apreciar que la idea es precisamente ese envoltorio *formal*. Primacía de las imágenes visuales, de las analogías literarias, de los



cruces anacrónicos de ideas que se transporten de una época a otra. Es entonces con Michel Foucault, que vamos dando forma a esa particular manera de entender la ética en la antigüedad clásica.

Frédéric Gros nos lo relata ajustadamente en la Situación del Curso de Foucault del año 1982, *La hermenéutica del sujeto*. (FOUCAULT, 2001, p.487).

F. Gros define, de un modo bien preciso cual es el tipo de ética que le interesa a Foucault en ese seminario. Escribe que M. Foucault estaba advertido de las derivas a las que puede conducir una ética que sea tomada como valor universal, deriva que supo tener la ética estoica a finales del período latino y con el posterior advenimiento de la cristiandad, transformándose en una verdadera *pastoral*. Pero precisamente, lo que atrae a Foucault, del pensamiento de Séneca o Epícteto no será crear una moral que rija la vida de los sujetos, de la misma manera para todos, o a descubrir en ellos un discurso verdadero *per se*, sino esa particular apuesta a prestarse a un ejercicio fisiológico que coadyuve a afrontar tanto las pasiones internas como los acontecimientos externos. Poseer un equipamiento tal (*paraskeuê*) que nos permita manejarnos en los avatares de nuestra existencia. Tratar pues las pasiones del alma, tanto como los acontecimientos externos. Este modo de plantearlo no deja de tener resonancias con la práctica que nos compete. Al mismo tiempo, es Lacan quien nos hizo observar la sutileza de un Freud que en su *Proyecto* describe un aparato psíquico tensionado por los dos mismos fenómenos, llamados en el contextos de la *Naturwissenschaft*, estímulos externos y estímulos internos.

Cicerón, una vez más es quien en su texto las *Tusculanas* analiza paso a paso las diferentes pasiones. Bajo forma de conferencia, este extenso texto se detiene a describir las pasiones que perturbarían al sabio. Hay en el texto tanto una intención descriptiva como práctica, de sugerencias al sabio. Allí plantea que el sabio no teme a la muerte, ni al dolor, resiste a la tristeza y a las pasiones. Destacar el aspecto fisiológico entiendo que es un elemento esencial ya que el ejercicio espiritual incluirá al cuerpo, en una comunión particular con el espíritu. En estos textos no hay entonces una división tan marcada entre psique y soma como se reforzó en la modernidad con la propuesta cartesiana.



Pero volviendo a la cuestión de la ética, y qué tipo de ética, Frédéric Gros, hablando de la estética de la existencia, idea que como veíamos va conformando Foucault, entre otros - Deleuze no queda por fuera de esta aspiración- delimita lo que llamará una ética de la immanencia, de la vigilancia y de la distancia.

Nos dice Gros:

(...) Una ética de la immanencia entonces, la encontramos como estética de la existencia, fuente de tanto malentendido. Lo que Foucault encuentra en el pensamiento antiguo es la idea de inscribirse un orden en su vida, pero un orden inmanente, que no sea sostenido por valores trascendentes o condicionados del exterior por normas sociales. .. Hacer de su existencia, de ese material esencialmente mortal, el lugar de construcción de un orden que se sostenga por su coherencia interna. (GROS, 2001, p.512).

Cuando Foucault habla entonces de immanencia, implica pues una ética que se cultive a sí, no que responda a una ley universalizante, de cómo se supone que se debe actuar en la vida, en la vida en sociedad. Inmanente en el sentido de algo a producir de modo artesanal.

Entiendo que esto también nos concierne a nosotros, en tanto psicoanalistas. ¿Acaso Lacan no inauguró, muchos años antes esta reflexión sobre la Ética? Una ética que aún estando pegada a la referencia a la Ley, la ley del deseo podríamos decir, aún así toca en el mismo punto neurálgico de la problematización de una ética que será producto de un lento trabajo con el *logos*.

DE UN ACONTECIMIENTO SINGULAR

No hay modo entonces de abordar la cuestión del *acontecimiento* sin pasar por este modo de posicionarse frente a la reflexión filosófica antigua y particularmente en el proceder ético.



Una noción de *acontecimiento* que Deleuze la hará figura princeps de su conceptualización del sentido. Si el sentido es acontecimiento es porque no hay producción lingüística que quede por fuera de los avatares del movimiento de los cuerpos. Punto inabordable de ese real de los cuerpos que apenas puede ser tocado en una dimensión simbólica que será el *acontecimiento puro*. Los estoicos lo llamarán *lekton*. Incorporal que se desprende de la proferación del que se presta a hablar. Para los estoicos no hay *lekton* si no hay habla que la sustente. El *lekton* no existe sino que subsiste. Idea que puede tener resonancias platónicas pero que se separa de las mismas en la medida que ese puro expresivo que es el *lekton*, aún desprendido, surge de la materialidad significativa que lo produce. El *lekton* no tendrá entonces nada de etéreo, ni será una idea superior que no tuviera relación con el mundo sensible. El *lekton* de algún modo deriva de una operación tanto sensible como discursiva. Es a través de una representación sensible así como racional que ese Cosmos se presenta ante el alma del practicante de un ejercicio espiritual que lo posiciona en relación a una exterioridad que luego de esa gimnasia espiritual pasará a formar parte de su singular modo de vida.

G. Deleuze gusta de hacernos pequeñas anécdotas Zen así como breves relatos cínico-estoicos, en su texto *Lógica del sentido*. Maestros que golpean a su discípulo sin emitir palabra. Juegos de tiro al blanco que se dirigen al tirador. El blanco siempre está en otra parte... Prácticas que exigen del discípulo entregarse a lo inesperado. Desprenderse del sentido común, de lo obvio, de un sentido que pretende sostener una coherencia basada en la sensatez grisácea de un buen sentido. Despojo estoico pues, despojo de aquello que adviene en un cotidiano que no desprende ninguna sorpresa. La producción de un *acontecimiento* no está en nuestra voluntad, pero sí podemos aprestarnos a dejarnos sorprender por aquello que irrumpe como una novedad cotidiana. De allí surge entonces la posibilidad de tomar la vida, la vida siempre herida, en su dimensión más poética.



REFERENCIAS

CICERON. **Sobre la adivinación**. Madrid: Editorial Gredos, 1999.

DELEUZE, G. **Lógica del sentido**. Barcelona: Paidós Surcos, 2005.

FOUCAULT, M. **L'Herméneutique du sujet**. Paris: Gallimard, Seuil, 2001.

GROS, F. Situación del Curso de Foucault del año 1982. In: FOUCAULT, M. **L'herméneutique du sujet**. Paris: Gallimard, Seuil, 2001.

LACAN, J. **La ética del psicoanálisis**. Bs. As.: Paidós., 1991.

Gonzalo Percovich

Psicoanalista ;
Miembro de la École
Lacanienne de Psychanalyse;
Dirige el Seminario "De sentidos y
sinsentidos" en la Ciudad de Montevideo;
Ha publicado artículos en revistas
nacionales e internacionales
E-mail: gonzalopercovich@hotmail.com

Recibido em: 12/12/09

Publicado em: 31/03/10